

<INSERTE FRASE MALVADA INGENIOSA AQUI>

# ALIADA DEL VILLANO



HANNAH NICOLE MAEHRER

HANNAH NICOLE MAEHRER



**ALIADA  
DEL  
VILLANO**



Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

Título original: *Accomplice to the Villain*

Primera edición: octubre de 2025

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Hannah Nicole Maehrer, 2025

Publicado originalmente por Entangled Publishing. Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2025

© De esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-53-9

Depósito legal: M-14.396-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para mis abuelos,  
Georgann, mi querido Richard, que ya no está con nosotros, Rosalie y  
James por haberme transmitido con tanta generosidad vuestro amor  
por las historias.  
Os quiero con todo mi corazón.*

*Y para todos vosotros,  
así es como creo que sería ser la aliada  
moralmente cuestionable de un villano fantástico*

# RENNEDAWN



¡LA  
BÚSQUEDA  
DE LA  
VARITA!

AQUÍ  
NO ESTÁ



LA CIUDAD RADIANTE



LISTA DE COSAS  
SINIESTRAS PENDIENTES:

- ENCONTRAR LA VARITA MÁGICA
- HACER EL MAL
- DESTRUIR
- PERTURBAR



I ♥ EL MAL

¿DÓNDE ESTÁ  
LA MANSIÓN  
MASAGRE?

¡NUNCA OS LO VAMOS A CONTAR!

BOSQUE DE HICKORY

~~NI AQUÍ~~

~~VILLA CORAZÓN~~

~~AQUÍ  
TAMPOCO~~

LA  
GRUTA

MAR LILA

¡ME GANADO!



*Aliada del villano* es una novela de romance y fantasía para partirse de risa en la que aparecen extremidades amputadas y lanzadas por el balcón por diversión y duendecillos envenenando el brebaje de Edwin. La historia también contiene elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores, como sangre, muerte, batallas, heridas graves, dolor extremo, tortura, distanciamiento familiar, lenguaje explícito, situaciones sexuales, abuso infantil y animales en cautiverio. Aquellos lectores que seáis sensibles a estos temas, por favor, tenedlo en cuenta.

# PRÓLOGO

*Érase una vez...*

El primer mes de Evie Sage trabajando para El Villano había sido poco convencional, aunque al menos no catastróficamente espantoso. Un brebaje de Edwin derramado por aquí, un becario envenenado por allá... Sin embargo, había ocurrido algún que otro... suceso extraño. El más reciente había sido el día que le habían pedido que fuera a trabajar dos horas antes de lo habitual para una reunión que estaba casi segura de que podría haber sido una nota breve enviada mediante un cuervo mensajero.

*¡Encuentra mejores cosas de las que quejarte, Evie! ¡Como la mano que encontraste en el contenedor de reciclaje la semana pasada!*

Aunque eso al menos le había dado la oportunidad de preguntarle al jefe si necesitaba que le echara «una mano extra». Casi se mea de la risa al ver la cara de espanto que puso.

Resultaba un poco desconcertante que le escandalizaran más sus bromas inofensivas que arrojar partes del cuerpo de a saber quién al mismo cubo al que tiraban el pergamino desechado (Becky se tomaba muy en serio el reciclaje de pergamino y odiaba que lo mezclaran con otras cosas), pero, bueno, ese no era el tema.

Evie suspiró mientras con una mano se frotaba los ojos para quitarse el sueño y con la otra tocaba la barrera invisible que rodeaba la Mansión Masacre hasta que se empezó a agitar bajo sus

dedos. Se quedó mirando el sol naciente y el color que arrojaba sobre un cielo todavía oscuro. Parecía que alguien hubiera derramado tinta naranja y rosa sobre un tapiz gris. Era bonito, si es que existía ese concepto antes de las ocho de la mañana.

Marv, el guardia de la puerta principal, la saludó con la mano. Ella le sonrió y le lanzó un beso que lo hizo sonrojar.

—¡Buenos días, señorita Sage! A quien madruga los dioses le ayudan. —Su pelo, normalmente alborotado, estaba ese día recogido bajo el casco de cuero rojo, mientras que Evie lo llevaba trenzado, colgando por delante de uno de sus hombros, con algunos cabellos sueltos alrededor de la cara que se mecían con la brisa matutina.

Dio un paso atrás mientras la gran puerta de madera se abría con un chirrido familiar. El frío húmedo del vestíbulo le refrescó las mejillas y le llenó los sentidos de olor a leña quemada y paredes mohosas.

—Más bien, a quien madruga no lo despiden, y... conociendo al jefe, me temo que el sentido de la frase es literal.

Con los tacones repiqueteando sobre la piedra, entró al edificio y siguió andando, dejando atrás el sonido de la risita de Marv. La luz de la antorcha iluminaba la estancia y calentaba un poco el ambiente fresco de la mañana. Un gruñido grave resonó en el otro extremo del gran espacio, cerca de la única esquina que estaba totalmente a oscuras.

Frunció el ceño e hizo un gesto con la mano.

—¿Quién hay ahí? Sea cual sea el sonido espeluznante que intenta emitir, ¿le importaría hacerlo a la luz de las antorchas para que pueda verlo? Así podré gritar a gusto.

—¿Sage? —El tono áspero de la voz de El Villano hizo que un cosquilleo le recorriera la columna vertebral—. Usted no debería estar aquí —espetó mientras se acercaba al punto donde acababan las sombras que lo cubrían.

Ella resopló y volvió a fruncir el ceño. Después se echó la espesa trenza por detrás del hombro y se cruzó de brazos.

—En eso estamos de acuerdo. Donde debería estar es en la cama, acurrucada contra mi compañero nocturno favorito.

El Villano hizo un ruido parecido a un atragantamiento.

—¿Compañero? —El extraño deje de advertencia en su tono le provocó un escalofrío.

—Sí. —Se cruzó de brazos—. Se llama señor Muffins.

—¿Señor Muffins? —Vio su sombra acercándose a la luz. Tenía la voz ronca y cargada de confusión—. ¿Se acuesta con un hombre llamado señor Muffins? ¿Quién demonios tiene un nombre tan ridículo?

Ella se mordió el labio para no sonreír ante su evidente indignación.

—Un osito de peluche que tengo desde los seis años.

Se hizo un largo silencio antes de que una palabra lo rompiera:

—Ah.

Evie resopló y se acercó a él. El Villano hizo lo mismo, dejándose alumbrar por fin por la luz de las antorchas y los colores que se empezaban a filtrar por las ventanas. Se detuvo a unos metros de su jefe y no pudo evitar poner cara de consternación al verlo. Las palabras se le escaparon sin pensar:

—Vaya, tiene usted muy mala cara.

La parte lógica de su cerebro suspiró y se dio la vuelta para no tener que presenciar lo que venía a continuación.

La barba incipiente de El Villano estaba mucho más larga de lo habitual, llevaba la camisa desabrochada, el pelo despeinado y los pantalones, normalmente planchados, más arrugados de lo que se podría considerar razonable.

—Le ruego que no me haga cumplidos, Sage. Nunca sé qué responder.

Evie notó que la preocupación se agolpaba en su vientre. Incluso ese comentario seco parecía forzado, demasiado cauteloso. Se aclaró la garganta y se acercó para verlo mejor. Un color púrpura debajo de los ojos, los dedos flexionados, la mandíbula tensa y la vena palpitándole en la frente.

Chasqueó la lengua.

—¿Algún becario se ha atrevido a darle los buenos días otra vez? Les dije que los saludos cordiales estaban terminantemente prohibidos.

Él cerró los ojos un momento y apretó los labios hasta formar una fina línea, como si con ellos quisiera aplastar cualquier emoción que estuviera a punto de asomarse.

—Por mucho que me guste culpar a los demás de mis errores, me temo que no hay nadie a quien responsabilizar de mi aspecto desaliñado; es todo cosa mía. —Sus ojos oscuros recorrieron el vestido naranja pastel que Evie llevaba ese día. Por la forma en que apretó los puños, resultó obvio que no aprobaba la elección del color—. Y suya, supongo. Por tener el descaro de presenciarlo.

La puerta se cerró de golpe y Evie se sobresaltó. Se llevó una mano al pecho al notar que se le aceleraba el corazón.

—No me parece justo que me culpe dado que ha sido usted quien me ha pedido que viniera tan pronto.

Él frunció más el ceño, si es que eso era posible, lo que lo hizo parecer *aún más* atractivo...

Si es que eso era posible.

Estaba molesta y cansada, no tenía suficiente paciencia para esperar a que captara lo que le estaba diciendo.

—Usted me mandó un cuervo. —Cuando vio que la miraba con cara de no entender nada, ella siguió balbuceando palabras, ansiosa por sacarse todos los pensamientos de la cabeza para hacerles sitio a los nuevos—. Se ha presentado en mi ventana a las cuatro de la mañana y me ha dado un susto de muerte. Llevaba una nota que decía que hoy teníamos una reunión a primera hora sobre algo urgente.

Trystan emitió un murmullo ronco sin despegar los labios. Ese sonido la terminó de despejar, como una taza del brebaje de Edwin, pero mejor, más cálido.

—No recuerdo haber escrito o enviado... Mi autocontrol está bajo mínimos esta mañana, Sage, y, aparentemente, mi memoria

también. Debo haberlo escrito sin estar del todo lúcido. Por favor, no haga caso del mensaje que le ha traído el cuervo.

En el patio trasero se oyó un ruido metálico: lo más probable era que la Guardia Malévola estuviese haciendo ejercicios matutinos con sus armas letales. Una imagen acertada, ya que en ese momento se imaginaba agarrando algo afilado y apuñalando a su jefe en un dedo del pie.

—¿Que no haga caso? Bien podría haberlo decidido antes de que el maldito pájaro me quitara dos años y medio de vida, ¿no cree?

—Esa es una cifra *muy* concreta —dijo él poniendo los brazos en jarra.

—Bueno, es que para mí ha sido *muy* molesto —contestó ella, y se rio cuando él la fulminó con la mirada.

—Procuro tener siempre mi magia bajo control, pero creo que a veces, cuando duermo o me relajo, se alborota y me impide descansar bien.

Una punzada en el pecho que identificó como empatía hizo que su enfado se disolviera como sombras a la luz del sol.

—Lamento oír eso. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle?

Él relajó la mandíbula.

—¿Ayudarme con... mi magia mortífera? ¿La que hace que la mayoría de la gente salga corriendo dando gritos?

Ella parpadeó con inocencia.

—Puedo hacer eso después de ayudar, si es preciso.

Evie notó que la expresión incrédula de El Villano estaba a punto de transformarse en una carcajada; solo tenía que darle un empujoncito y...

Pero, cómo no, justo entonces tenía que pasar algo.

De repente, Trystan se cayó al suelo de rodillas y empezó a respirar con pesadez.

—Qué cojones... Me arden las manos y el brazo. —Se llevó una mano a la altura del bíceps.

Ella apoyó la palma con suavidad sobre la de él, tratando de mostrar ternura con un hombre que era evidente que no estaba acostumbrado a recibirla. Y, efectivamente, su respuesta fue sobresaltarse y ponerse a la defensiva. Tanto que se apartó de un tirón como si ella le hubiera prendido fuego.

—Sage, ¿está mal de la cabeza? Ahora mismo soy peligroso.

—Lo sé —respondió ella en voz baja—. Aún no se ha tomado su taza de brebaje.

—No tiene gracia —replicó jadeante.

Ella se acercó un poco más, inclinándose hacia abajo para mirarlo bien a la cara.

—Dioses, pero tampoco hace falta echarse a llorar. Yo también creo que usted tiene menos gracia que un entierro y no me va a ver tirándome de rodillas al suelo para quejarme.

La expresión de Trystan se había suavizado cuando levantó la vista, perplejo. Luego negó con la cabeza, aunque de un modo más amable.

—Sage. ¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?

Ella se cruzó de brazos.

—Andando.

—Era una pregunta retórica —dijo con un tono menos preocupado de lo normal en él. Estaba perdiendo la compostura.

—Son las más divertidas de responder.

El Villano soltó un suspiro. Era de derrota; ella sabía diferenciarlos.

—¿Y eso por qué, Sage?

Evie se apoyó una mano en la cadera para inclinarse más hacia abajo.

—Porque le pone de los nervios.

El áspero suspiro que salió de sus labios casi podría considerarse una carcajada si le ponía la suficiente imaginación. Cuando Trystan volvió a erguirse, frotándose los nudillos con movimientos tranquilizadores, las últimas arrugas de preocupación de su rostro desaparecieron y recuperó su habitual inexpresividad.

Ni ella ni nadie podían ver su magia, y probablemente siempre sería así, pero notaba algo oscuro moviéndose por la habitación con ellos, quizá con menos intensidad que hacía un instante, a pesar de lo cual debería haberse encogido de miedo. Y, sin embargo, se sentía cómoda, casi... ¿reconfortada?

Decidió quedarse donde estaba.

—¿Se encuentra mejor, señor?

Giró lentamente la cabeza hacia ella, juntando esas cejas oscuras y tupidas.

—Sí. ¿Cómo lo ha...?

Ella se encogió de hombros y se fijó en que le brillaba la frente por el sudor.

—Creo que es más difícil concentrarse en el dolor cuando uno está distraído, y a mí se me da de maravilla distraer a la gente.

Sacó un pañuelo amarillo del bolsillo, dio un paso adelante y empezó a secarle la piel, apoyándose en su brazo con la otra mano para mantener el equilibrio. Ese hombre era más alto de lo racional.

Tomó nota de que debía ponerse tacones más altos.

Para que darle lecciones fuera más eficaz. No por otra cosa.

El antebrazo de El Villano tenía la piel de gallina. Evie supuso que era porque el frío de la estancia se había apoderado de él después del pico de adrenalina.

—G-gracias, Sage. —Trystan agarró el pañuelo y lo apretó contra sus dedos; el color vivo contrastaba con su vestimenta negra—. Se lo devolveré en cuanto pueda. Limpio, por supuesto.

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Quédeselo. De todas formas, su armario necesita un toque de color.

Él asintió, procesando las palabras como si anotara algo en un inventario.

—De acuerdo.

Se oyó un canto de rana al otro lado de la habitación y Evie lo siguió con la mirada hasta que vio el brillo de la corona de Rey-

mundo y el resplandor de sus ojos dorados. Esa ranita tan peculiar le había caído en gracia en el poco tiempo que llevaba trabajando ahí, y sus encantadores cartelitos daban un toque adorable a los días, que habían resultado ser más sangrientos de lo que ella esperaba.

—Buenos días, Reymundo. Qué guapo estás hoy.

La rana volvió a croar y su jefe puso los ojos en blanco, fastidiado. Demasiadas cortesías, sin duda.

—Tiene cara de estar maquinando algo. ¿Qué haces aquí abajo, Reymundo? ¿Otra vez tratando de fugarte?

—Quizá ha venido a ver cómo estaba usted —sugirió Evie, aunque la última palabra se desvaneció en un susurro cuando el jefe le dedicó una mirada asesina. Retrocedió unos pasos con cuidado, acercándose a las escaleras y a Reymundo, que estaba garabateando algo con furia en un cartelito.

—Lo dudo —contestó el jefe con rotundidad.

Pasó al lado de Evie y subió a grandes zancadas un par de escalones, que crujieron. Lo cual, pensó ella, no tenía mucho sentido. No deberían haber crujido. Más que nada porque las escaleras eran de piedra.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mirando a un lado y a otro, en busca de la fuente. Qué tonta. Debería haber mirado hacia arriba.

—¡Sage!

Notó que la empujaban hacia delante como a una muñeca de trapo. Emitió un grito de espanto cuando oyó un gran estruendo detrás de ella. Se levantó una nube de polvo que la hizo toser y entonces se dio cuenta de que, de repente, entraba luz por el techo.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó el jefe, y el timbre grave de su voz frenó la avalancha de pensamientos provocados por la adrenalina.

La estaba escrutando con sus ojos oscuros y tenía las manos apoyadas sobre sus hombros. Le recordaba al primer encuentro que habían tenido en el bosque. Evie creyó que solo necesitaba un

momentito para superar el impacto de que la hubiese tocado, pero no fue así.

Solo fue capaz de asentir antes de que él apartara las manos y se dirigiera hacia el pedazo de techo que había estado a punto de aplastarla.

—¿Quiere que llame a alguien para que repare el tejado, señor? —preguntó con cautela, sorprendida de la firmeza de su voz a pesar de tener el corazón a punto de salirle por la boca.

—¿Me pregunta por el tejado después de estar a punto de morir aplastada? —Se quedó mirándola, levemente indignado.

Ella se encogió de hombros.

—Lo crea o no, no es el día que más peligro he corrido durante una jornada laboral.

El rostro de El Villano se oscureció. Más de lo normal. Se quedó mirando el agujero del tejado durante unos segundos, respirando hondo.

—Acaba de empezar, Sage. No se preocupe. Todo llegará.

Ella se rio mientras él puso una cara propia del que se come una uva agria.

—Bueno, pero ¿qué ha pasado con el techo?

—La mansión es antigua. Probablemente se deba al deterioro natural. Quizá hayan cedido algunos tornillos oxidados. Le pediré a alguien de la oficina que lo revise y que repare el agujero. No volverá a ocurrir.

Evie suspiró.

—Lástima. Estar a punto de morir va de maravilla para despejarse.

—Déjele esa labor al brebaje de Edwin, Sage. Y, ya que estamos, tráigame una taza. La quiero en mi mesa en veinte minutos. Tenga cuidado con este desastre al pasar.

Le dio una patada al trozo de techo como si le tuviera una profunda rabia, lo que Evie consideró una señal de que podía retirarse. Dio saltitos para esquivar los escombros y volvió a toser un poco cuando respiró el polvo que habían levantado sus pies. Pisó

algo que emitió un leve chirrido contra el suelo. Casi tropieza al inclinarse para recogerlo. El metal brillaba en su mano. Tornillos. Para nada oxidados. De hecho, parecían intactos.

—Le he dicho que tuviera cuidado. —Las palabras la detuvieron y, cuando se volvió para mirarlo, El Villano parecía más viejo de lo que ella sabía que era. Resultaba obvio que estaba agobiado y que cargaba con algo que nunca jamás iba a compartir con nadie más que consigo mismo.

Ella esbozó una sonrisa alegre, tratando de no ofenderse cuando vio que él hacía una mueca de desagrado.

—Se me da fatal escuchar.

—Me temo que eso le va a traer problemas tarde o temprano.

Ella arrugó la nariz antes de darse la vuelta. El vestido se agitaba en torno a sus piernas mientras se dirigía a las escaleras para ir a buscar un par de tazas de brebaje. Reymundo dio un salto para ponerse a su lado, balanceando con pericia un cartelito donde ponía la palabra que antes estaba escribiendo.

PELIGRO.

Evie sonrió.

—La advertencia llega un pelín tarde, Reymundo.

Le enderezó la corona con cuidado y continuó subiendo las escaleras. Entonces se giró y lanzó los tornillos. El jefe los atrapó al vuelo y se quedó mirándolos con el ceño fruncido.

—Creo que será a usted a quien mi incapacidad para escuchar le traerá problemas.

Escuchó a El Villano susurrar algo a su espalda y casi se detiene de nuevo.

Le pareció que era algo así como:

—Ya lo ha hecho.



# CAPÍTULO 1

## REYMUNDO

**H**abía cabezas cortadas colgando del techo... y una de ellas pertenecía a Trystan Maverine.

Alexander Reymundo Kingsley se despertó con el corazoncito desbocado dentro de su pecho verde y viscoso. Sus patas palmeadas estaban aferradas a los cojines de la camita dorada donde dormía. Desde su lugar de descanso colgante, miró al hombre que estaba acostado en la otra cama. Consiguió relajarse al ver que el pecho de Trystan Maverine se movía a un ritmo pausado y un leve ronquido escapaba de sus fosas nasales.

Una horrible pesadilla. Solo había sido eso.

Alexander decidió no darle importancia, ya que iba a volverse loco si tenía que explicarle a alguien lo que había soñado escribiendo una palabra en cada cartelito. Era temprano, ya se escuchaba el canto de los pájaros afuera y él se había despertado...

Otro día más en el cuerpo de una rana.

Esa era otra pesadilla, o eso pensaba antes, al menos. A lo largo de la década que había pasado echando de menos su vida como humano, Alexander había ido descubriendo las múltiples ventajas de su situación:

1. Las agotadoras expectativas de ser siempre galante y caballero se habían esfumado (porque ¿quién en su sano juicio esperaría tal cosa de una rana?).

2. No tenía que mantener conversaciones inútiles para llenar los silencios (de hecho, había descubierto que, en la mayoría de los casos, una sola palabra bastaba para comunicarse).

3. Era lo bastante pequeño como para escabullirse por la mansión y vigilar de cerca a sus amigos (y faltan palabras para expresar lo *mucho* que sus amigos necesitaban ser vigilados de cerca).

4. La gente a menudo se olvidaba de que antes era humano, lo cual significaba que hacían confesiones, contaban secretos y hasta hablaban de sentimientos delante de él sin preocuparse demasiado (¡chismes frescos cada día!).

5. Y, por último, lo más divertido de todo era ver cómo su mejor amigo, El Villano, un hombre que Alexander pensaba que jamás abriría su frío y hermético corazón, se enamoraba con locura, pasión y desenfreno de Evie Sage.

Se oyó un chillido en el pasillo y Trystan se despertó sobresaltado, como Alexander hacía un momento.

—¿Qué demonios...? ¿Quién está gritando? —refunfuñó con aspereza, y se giró hacia Reymundo con el rostro inexpresivo—. Es una de las chicas Sage, ¿verdad?

Habían pasado dos semanas desde que la Guardia Valerosa había atacado la mansión, desde que se habían llevado a la gubre embarazada y desde que Nura, la madre de Evie, había regresado de su escondite entre las estrellas. Dos semanas enteras en las que Evie y Trystan no se habían dirigido la palabra, en parte debido al imprevisible impacto errático que ella parecía ejercer sobre la magia de El Villano, y en parte también —como sospechaba Alexander— a que ambos preferían darse cabezazos contra la pared antes que enfrentarse a sus sentimientos.

Alexander había empezado a referirse a esa evasión silenciosa como «tortura para las masas».

Trystan soltó un gruñido, apartó las sábanas y se puso la camisa que había en la silla, junto a su nuevo escritorio. Por algún motivo, el movimiento se sincronizó casi a la perfección con Lyssa Sage entrando a toda velocidad por la puerta, soltando una risita y deteniéndose en seco al ver el ceño fruncido de Trystan.

—Evie dice que, si siempre pone esa cara, un día se le quedará así, lord Trystan —dijo la niña mientras saludaba a Alexander con la mano.

Alexander levantó la patita y le devolvió el saludo. Lyssa Sage era un deleite constante, igual que todos los niños que aún no habían vivido los horrores de la edad adulta.

Y la depravación del sentido común.

—Mejor. Prefiero que mi cara sea así —refunfuñó Trystan. Se metió el bajo de la camisa en los pantalones mientras Lyssa iba a correr las oscuras cortinas para que entrara la luz de primera hora de la mañana.

La niña lo miró con cara de confusión.

—¿La prefiere así? ¿Por qué?

—Me gusta parecer enfadado e intimidante —contestó Trystan metiendo un pie en cada una de sus botas desgastadas.

Lyssa apretó los labios antes de murmurar:

—Pero no es el caso. Solo parece que le hace falta ir al baño.

Riéndose para sus adentros, Alexander anotó frenéticamente una palabra en uno de sus cartelitos. Aquella le había parecido una hazaña difícil cuando Trystan le había presentado la idea. Su amigo llenó el despacho y todas las habitaciones con cestas de letreritos y tizas para uso exclusivo de Alexander. Las primeras veces, su caligrafía era pésima, pero, tras diez años de práctica, ya nadie tenía problemas para descifrar lo que quería decir.

Levantó el cartel con orgullo.

SIP.

—¡Voy a tirar todos esos puñeteros cartelitos a la basura! —le espetó Trystan. Era una amenaza sin fundamento que le había

lanzado innumerables veces a lo largo de los años y que Alexander sabía que nunca se atrevería a cumplir.

—¡Lyssa! —Otra voz aguda resonó por el pasillo—. ¡El desayuno te espera en la cocina!

Alexander identificó la voz como la de Evie Sage, la recién ascendida a aprendiz de El Villano. Y, si no la hubiera reconocido por la voz, solo habría hecho falta ver lo rígido que se había puesto Trystan al oírla. Como si estuviera a una palabra más de partirse en dos.

—¿Viene a desayunar, lord Trystan? —Lyssa lo miró parpadeando y luego le dedicó una amplia e inocente sonrisa a Alexander.

El Villano se quedó mirando fijamente la puerta, como si estuviera deseando que Evie se mantuviera alejada de ella. Pero Alexander conocía la guerra interna de su amigo lo bastante bien como para comprender que, al mismo tiempo, deseaba con todas sus fuerzas verla entrar. En su opinión, aquello se había convertido en un ritual masoquista.

Que El Villano había estado echándole miraditas a la joven cada dos por tres no era nada nuevo. Habían empezado siendo vistazos curiosos, como si estuviera estudiando un espécimen de laboratorio, luego pasaron a miradas intrigadas, aunque a regañadientes, y finalmente a la etapa actual: una mirada de pura agonía y desesperación. Sin embargo, las dos últimas semanas habían llevado la autoflagelación de su amigo a un nuevo extremo. En los últimos quince días, El Villano se había estado arrastrando por las esquinas, quedándose en los umbrales de las puertas y pegando la oreja a cualquier pared tras la que ella se encontraba.

No es que eso difiriera mucho de lo que hacía antes...

Excepto por los constantes gruñidos.

—Desayunaré en mi despacho. —Trystan se detuvo a medio camino de la puerta—. Su hermana... ¿viene a buscarla?

Lyssa negó con la cabeza.

—No. Solo acaba de volver de hacer un recado.

La expresión de Trystan no cambió, pero su mirada se volvió más alerta. Clavó los ojos en la niña, pero suavizó la mirada al doblar la rodilla para ponerse a su altura.

—¿Qué quiere decir, pequeña villana? ¿Qué recado?

Lyssa se encogió de hombros y señaló con una mano hacia la puerta donde acababa de sonar la voz de Evie.

—No lo sé. Solo me ha dicho que era fuera de la finca, que iba con Keeley y que yo no podía acompañarlas.

A Alexander no le sorprendió que Trystan flexionara la mandíbula ni la evidente preocupación que ensombreció su mirada. La mansión había sido localizada y la cara de Evie estaba repartida por todo Rennedawn en un panfleto de SE BUSCA que ofrecía una generosa recompensa. La única protección que tenían ahora era un bosquecillo de espinas plantado por un jardinero del mercado negro, que hasta el momento había demostrado ser un eficaz elemento disuasorio para los hombres del rey. No obstante, fuera de los límites de la mansión... el peligro era real. Y abundante.

Aun así, el hecho de que Keeley, la jefa de la guardia de El Villano, hubiera estado presente era un indicio de que Evie seguramente no había corrido un grave peligro. Esa joven había sido puesta al mando por muy buenas (y violentas) razones.

Desde un punto de vista lógico, Alexander sabía que no tenía de qué preocuparse. Sospechaba que Trystan también lo sabía, y es que, a pesar de que él fuera una rana y no supiera leer la mente, cuando pasas diez años seguidos observando a todo el mundo a todas horas, te conviertes en una especie de observador experto. Sin embargo, eso apenas importaba.

No hacía falta ser ningún experto para ver a Trystan Maverine y saber que lo que sentía en su interior no era más que pura ira.

Pero Trystan no mostró ninguna de esas emociones a Lyssa, que lo miraba con preocupación con esos grandes ojos marrones.

—Ya que Evie está tan ocupada, ¿qué le parece si hacemos nuestra fiesta del té hoy, lord Trystan?

Pareció aliviado por el cambio de tema. Asintió con una media sonrisa en los labios.

—Supongo que puedo posponer mi sesión de tiro de esta tarde.

Lyssa soltó un chillido de emoción y se dirigió a la puerta. Con suerte, todavía no se había enterado de que los objetivos de las sesiones de tiro eran los becarios.

Mientras Alexander y Trystan veían desaparecer la oscura melena de Lyssa Sage, un ambiente sombrío se apoderó del espacio, ahora vacío y triste. Trystan suspiró antes de abrir el armario y sacar algo que Alexander sabía que era muy importante para su amigo: el pañuelo que Evie le había regalado en su fatídico primer encuentro. Observó con dolorosa empatía cómo Trystan se llevaba el pañuelo a la cara y cerraba los ojos.

Presenciar aquello era demasiado deprimente hasta para una rana maldita.

Alexander Reymundo Kingsley bajó la mirada al suelo mientras su amigo lamentaba estar predestinado a algo que la rana estaba segura de poder evitar.

Salvo porque no era lo bastante humana para conseguirlo.